

## D. DIEGO DE VELAZQUEZ EN IRÚN.



### I.

En España, donde se sabe al dedillo la vida y milagros de cualquier pelafustan orador, es casi ignorada la historia de nuestros grandes artistas. Para una persona que tenga en su biblioteca un par de libros de arte, se contarán por miles las que no conozcan ni por el forro semejantes obras. Bien es verdad que el campo de las bellas artes está muy poco espigado. Las obras de Pacheco, Carduccio, Jusepe Martinez, Holanda, Palomino y Mengs, para no citar otras menos interesantes, constituyen el sumo caudal de conocimientos en materia de arte. Antonio Palomino, el honrado Palomino, como le llama Menendez Pelayo, y Rafael Mengs, el pintor filósofo y bohemio solo de nacimiento, pues era de aristocrático talante, fueron los últimos dictadores de estética. Palomino cayó del trono de la moda, y sus reglas de taller, sus puerilidades y rubores de medianía sábia fueron barridos por la crítica moderna, amplia, grande y abierta á todas las ideas. Mengs sufrió aún más que Palomino. Su crítica adusta, seca, ceñuda y de disciplinas se impuso en un principio con el terror del dómine y la intransigencia del sectario. Talentos tan profundos como el de Arteaga, el primer crítico español del pasado siglo, y del presente me atrevo á decir, ofrecieron ante el altar de Mengs el cruento sacrificio de ideas nobles, nuevas, puras y hermosas. Mengs acabó su tiránico reinado cuando no encontró fácilmente cuerpos humildes que resistieran sus disciplinazos, ni cerebros que se amarraran al suyo. Despues de estos monarcas del gusto en su tiempo, la dinastía de estéticos y reformadores se fué secando, y bien pudieron decir Mengs y Palomi-

no que su descendencia sería enteca y encanijada. Hoy por hoy, nada ó casi nada tenemos en materia de arte, que pueda servir de grato solaz y útil entretenimiento. Las artes españolas, la pintura sobre todo, no se detienen en predicar sino en practicar.

Las teorías é ideas se traducen en cuadros y entran por los ojos con el bello aparato de la luz y los colores. Hoy día, el crítico ó el aficionado han de proceder á una observacion detenida del hecho, de la suma, y no de los factores. Por estas razones y datos que aquí exponemos, tal vez inoportunamente, no queda duda de que el abandono de los estudios artísticos tiene cierta disculpa en la falta de libros y apuntes antiguos y modernos.

Pero es un deber de todo amante de la belleza iluminar, siquiera con luz prestada, las páginas hermosas del arte español. Leyendo el Palomino, encontré algunos datos curiosos sobre la estancia de Velazquez, el gran pintor sevillano, en Irún. Por si interesa á los lectores de la EUSKAL-ERRIA, les mando esos apuntes en forma de boceto, teniendo mi lápiz y guiando mis trazos la peritísima mano de Palomino.

## II.

El año 1660,—dos años despues de haber recibido Velazquez la señalada merced del hábito de Santiago,—y por el mes de Marzo, don Felipe IV, el real modelo de Velazquez que á pié y á caballo le inspiró tan hermosos retratos, encomendó al gran pintor la delicada y difícil mision de buscarle aposento, en la jornada que Su Majestad hacia á Irún, acompañando á la Serenísima Señora Infanta de España Doña Maria Teresa de Austria. Velazquez, en su calidad de Aposentador Mayor de Palacio, preparó su viaje, harto incómodo en aquella época, y salió de Madrid algunos dias antes que Su Majestad. Llevaba consigo á Joseph de Villareal, Ayuda de la Turriera y Maestro mayor de las Reales obras, á más de un lucido y bien aparejado séquito de criados, necesarios en la jornada por llenar los diferentes menesteres y varios oficios requeridos para la comodidad y brillo de tan majestuosa comitiva. De las cocinas de S. M. salieron olorosos estofados y retostados pasteles á la última manera italiana, amen de varios frascos de aquel exquisito Valdepeñas ó el Montilla de ámbar que inmortalizó

el pintor D. Diego en su admirable cuadro de los borrachos. De mulas diestramente apeladas de lucientes cascós, caballos andaluces tan arrogantes como el que sostenía á D. Felipe IV en la plaza de Oriente, telas riquísimas de tan vivos colores y compuestos tonos que no parecían sino copiados á la misma florida naturaleza, literas lujosamente forradas de suave terciopelo milanés, libreas gentilmente adornadas, paramentos, armas, sillas bordadas y mil vistosos objetos se pudo formar un cortejo que diera envidia á los mismos de Kambises y el gran Alejandro. Para solaz y gusto de los viajeros iban los más perniquebrados y jorobados bufones de la corte. Velazquez, que los conocía á maravilla, se alegró mucho de llevar tan corcovada y graciosa compañía... También formaban en la procesion varios récios y lustrosos mastines y otros perrillos lanosos y ladradores, que limpiaron suelo y mantel de las ruines migajas que dejaron los cortesanos para recuerdo del exquisito sabor de los pasteles italianos y los castellanos estofados. Otras vistosas cuadrillas de criados y mozos llevaba tras sí Joseph Nieto, Aposentador de la Reina Cristianísima. La jornada empezó por Alcalá y Guadalajara. Las empobrecidas villas de Castilla contemplaban atónitas el deslumbrador aparato de la comitiva. Velazquez, con los servidores de su jurisdiccion y á su órden, podría aparecer un rey arrogantísimo, pues con su gentil presencia y su fogosa mirada parecía engrandecer y hacer majestuoso cuanto miraba. Jornada tras jornada, entre nubes de polvo, chaparrones é incómodas posadas, llegó nuestro D. Diego á la gran ciudad de Búrgos, en donde se asienta la maravillosa catedral de encaje, maravilla y no octava, sino primera y muy primera. En Búrgos, la comitiva tuvo el necesario descanso; hombres y bestias reposaron de sus poco gratas fatigas. Aún hacía mucho frio en Búrgos y entre romadizos y alifafes de todas clases, el viaje se retrasó. Entónces recibió Velazquez órdenes de S. M. para que se quedase en la vieja ciudad castellana D. Joseph de Villa-Real, ayuda de la. Turriera, porque D. Felipe IV se había de detener en Búrgos. Los demás prosiguieron su interminable camino, más variado para Velazquez, que iba viendo desfilar ante sus ojos delicados paisajes, hermosos tipos, curiosas y picarescas escenas. Su alma de artista encontraba sabroso y celestial alimento en las genialidades y gracias que brota la noble tierra española. Como término de su viaje llegaron á la murada y fuerte Fuenterrabía. Velazquez aposentó á S. M. en el castillo que ya tenía prevenido el Baron de Batevilla, Gobernador de la

ciudad de San Sebastian: y á su cargo estuvo la fábrica de la Casa de la Conferencia, que se formó en la Isla de los Faisanes, que hace el rio Bidasoa junto á Irún en la provincia de Guipúzcoa. Embarcóse en una gabarra D. Diego Velazquez con el Baron para ir á la Casa de la Conferencia, que dista poco de Fuenterrabía, y ver en el estado que estaba, porque se habia aumentado mucho á la forma que tuvo el año de 1659, en que el cardenal D. Julio Mazarino y el Sr. Conde-Duque de Sanlúcar ajustaron las paces entre el Católico Rey de España y Cristianísimo de Francia. Tuvo orden de S. M. para asistir á la exornacion de esta casa, y la del castillo, y que estuviese en la ciudad de San Sebastian para cuando S. M. llegase, donde habia de detenerse algunos dias. Llegó D. Felipe IV á San Sebastian en verano, cuando las saladas brisas oreaban y refrescaban la ciudad, y el campo se adornaba con todo linaje de hermosuras. El rey poeta pudo alborozarse de la gran fiesta que tierra y mar hacian para recibirle. Posible es que recordára las bellisimas descripciones de Lope ó las pomposas de D. Luis de Góngora. Rey y pintor se solazarian grandemente, y más cuando se acercaron á la gigantesca Fuenterrabía, señora muy pertrechada de todas armas, que puso espanto al francés con sus recias murallas y los corazones ardientes y encendidos de sus defensores. En primeros de Junio el monarca traductor de Guicciardini y el famoso autor de las *Meninas*, seguidos de gran golpe de cortesanos y aparatoso cortejo que no parecia sino desafiar al sol por su brillo, asistieron á todas las funciones que se celebraron en la Sala general de la Casa de la Conferencia, hasta el lunes siete de Junio «que fueron las entregas de la dicha Serenísima Señora Infanta al Christianísimo de Francia Luis décimo quarto, donde hago pausa, dice Palomino, y yo con él: porque para contar la grandeza y lucimiento que tan grandes monarcas ostentaron en tan feliz dia es necesario más dilatado papel y más elegante pluma».

«El gran Luis XIV hizo á S. M. en este dia el regalo de un Toyson de diamantes, un reloj de oro, enriquecido de diamantes y otras joyas finísimas, riquísimas y primorosas de inestimable precio. El regalo se le entregó á D. Diego Velazquez para que lo conduxese al palacio del castillo de Fuenterrabía.»

No fué D. Diego Velazquez el que en este dia mostró ménos su afecto en el adorno, bizarria y gala de su persona; pues acompañada su gentileza y arte, que eran cortesanas, sin poner cuidado en el na-

tural garbo y compostura, le ilustraron muchos diamantes y piedras preciosas: en el color de la tela no es de admirar se aventajara á muchos, pues era superior en el conocimiento de ellas, en que siempre mostró muy gran gusto: todo el vestido estaba guarnecido con ricas puntas de plata de Milan, segun el estilo de aquel tiempo, que era de golilla, aunque de color, hasta en las jornadas, en la capa la roja insignia, un espadin hermosísimo con la guarnicion y contera de plata, con exquisitas labores de relieve, labrado en Italia; una gruesa cadena de oro pendiente la Venera, guarnecida de muchos diamantes en que estaba esmaltado el hábito de Santiago, siendo los demás cabos correspondientes á tan precioso aliño.

«Martes á ocho de Junio salió S. M. de Fuenterrabía, y Velazquez sirviéndole, que así se lo habia S. M. ordenado, y que fuera adelante Joseph de Villa-Real, su ayuda, haciendo el aposento. La jornada de la vuelta fué por Guadarrama y el Escorial á Madrid».

Cuando entró Velazquez en su casa fué recibido de su familia y sus amigos con más asombro que alegría, por haberse divulgado en la Côte su muerte, que casi no daban crédito á la vista: parece que fué presagio de lo poco que vivió despues.

Sábado, dia de San Ignacio de Loyola y último del mes de Julio, habiendo estado Velazquez toda la mañana asistiendo á S. M., se sintió fatigado con algun ardor. Los médicos dijeron que era principio de terciana sincopal minuta sutil, y el 6 de Agosto, viernes, de 1660, á las dos de la tarde, y á los sesenta y seis años de su edad, dió su alma á Quien para tanta admiracion del mundo le habia criado.

RODRIGO SORIANO Y B. ALDÁMAR.

